



EXTENSIÓN CONTEMPLATIVA INTERNACIONAL

UNIDOS EN ORACIÓN CENTRANTE

Thomas Keating, *Reflexiones Sobre lo Insondable*, capítulo 2: “La Ciencia del Amor”.



Le llevaron un ciego a Jesús y le rogaron que lo tocara. Jesús tomó de la mano al ciego y lo sacó fuera del pueblo. Le mojó los ojos con saliva, puso las manos sobre él y le preguntó si podía ver algo. El ciego comenzó a ver, y dijo: “Veo a los hombres. Me parecen como árboles que andan.” Jesús le puso otra vez las manos sobre los ojos y el hombre miró con atención y quedó sano. Ya todo lo veía claramente. (Marcos 8:22-25)

Portugués

En sus enseñanzas, Jesucristo parece menos interesado en elevarnos a estados iluminados de conciencia que en unirse a nosotros en los eventos y experiencias ordinarias de la vida cotidiana. Su plan y deseo es revivir los sagrados misterios de su vida terrenal en cada uno de nosotros. Compartir cada momento de nuestras vidas con él es la expresión práctica de esta unión divina. Su presencia en nosotros es nuestro ser más profundo, manifestándose en cada acción, sin importar cuán trivial pueda parecer desde nuestro punto de vista. Somos invitados a permitir que el Espíritu dirija cada movimiento de nuestro cuerpo, mente y corazón, inspirando todos nuestros pensamientos, palabras y acciones.

Si nos encontramos aburridos durante la meditación, sintiéndonos incapaces frente a la tentación, distraídos en la oración o atormentados por emociones aflictivas; si nos sentimos impotentes para practicar la virtud, abandonados por Dios o sumidos en la culpa infinita, es Jesús en nosotros y como nosotros quien lo experimenta todo. Él está viviendo nuestras vidas en todo momento, si consentimos en ser quienes realmente somos. La sabiduría implica renunciar a cualquier esfuerzo por corregir algo, incluyéndonos a nosotros mismos. El Espíritu realizará los cambios necesarios. Los esfuerzos por ganar la aceptación de Dios están destinados al fracaso.

Portugués

Cristo está regresando al Padre en nosotros. Se está vaciando a sí mismo, devolviendo al Padre todo lo que ha recibido. A medida que dejamos de lado la sensación de ser un yo separado, nos unimos al movimiento de su regreso al Padre y somos atraídos por el irresistible magnetismo del amor divino. Anhelamos fusionarnos con ese amor, sumergirnos en su flujo infinito dentro de la Trinidad, cumpliendo así la petición de Jesús al Padre en su discurso final en la Última Cena: "que todos sean uno como nosotros somos uno" (Juan 17:21).

Cristo está regresando al Padre en todas las circunstancias, sin que importe cuán horribles, inhumanas o pecaminosas puedan ser. Es natural que deseemos volver a períodos de conexión con Dios y consuelo espiritual, pero esto a menudo se basa en un apego egoísta a experiencias espirituales pasadas.

La verdadera virtud teologal de la esperanza se basa únicamente en Dios, quien es infinitamente misericordioso y poderoso AHORA. Profundizar y promover esta virtud presupone una confianza ilimitada en Dios. Debemos permitir que todo suceda y siga sucediendo, acogerlo todo, sea lo que sea. Debemos entregarnos al momento presente, aceptando su contenido. Podemos pedir ayuda, pero no es necesario; Dios siempre está dispuesto a aliviar nuestro sufrimiento innecesario y sostenernos en nuestra debilidad.

Portugués

Las energías divinas fluyen hacia nosotros a cada instante. ¿Por qué no extender la mano y recibirlas con actos continuos de entrega y confianza en Dios? La respuesta adecuada a la abundancia de Dios es consentir a su presencia y rendirse a su acción en nosotros.

La libertad interior es la fuente de la máxima creatividad. Dios nos está confiando gradualmente el futuro de la especie, y al mismo tiempo permanece como nuestro socio y compañero. Esto nos hace, en un sentido real, iguales a Él mismo: cocreadores y corredentores. La escena en la que Jesús hace lodo con su saliva y lo aplica a los ojos del ciego es un símbolo de la interpenetración de lo divino con lo humano; en otras palabras, la encarnación de Cristo en nosotros es la unión de los mayores opuestos, lo divino y lo humano. Es el don del Espíritu, el fruto maduro de la resurrección de Cristo. Este es su regalo para los apóstoles: "Reciban el Espíritu Santo" (Juan 20:22), el aliento divino que contiene la totalidad de Dios y de todo lo que existe. No es necesario ningún esfuerzo para recibir este aliento divino; respirar es inherente a la naturaleza humana tanto a nivel físico como espiritual. Sucede constantemente. Nuestro mejor esfuerzo es no esforzarnos: simplemente recibir intencionalmente, es decir, con total consentimiento, la continua comunicación divina.

Portugués